

Es verdad que los benedictinos presentaron muchos títulos á su favor, pero no hay cosa mas sospechosa que este género de pruebas. Los antiguos monjes jamás cesaron de aumentar sus archivos. Así puede temerse que se hayan deslizado en ellos alguna corrupcion, especialmente cuando puede haber en ello algun interés y cuando lo que en ellos se dice no se halla confirmado con documentos públicos. Queda Tomás de Kempis, el mas antiguo de los tres, y á decir verdad, el único pretendiente que pueda hacer impresion en un espíritu justo é imparcial. Sin embargo, su derecho no es incontestable, pues aunque llevan su nombre los ejemplares mas antiguos, siempre puede dudarse si este título equivoco indica el autor ó simplemente el copista. Los recientes trabajos de escritores distinguidos, los Gences, los de Gregory, no han aclarado mucho esta cuestion. Pero al fin y al cabo ¿qué importa esto para la edificacion que es el único objeto que el verdadero autor se propuso, y sobre todo para la modestia de que quiso dar ejemplo? Así pues, nuestra discusion no tanto tiene por objeto procurar la gloria de este piadoso escritor como confundir la vanidad que quisiera arrebatarla.

Aunque el autor del libro intitulado *Avisos saludables de Maria á sus devotos indiscretos*, ocultó su nombre al público como el de la *Imitacion*, no fué difícil adivinar á lo menos el partido en que se habian forjado aquellos delirios escandalosos. En todos tiempos los enemigos de Dios y de su Iglesia lo fueron de la Santísima Virgen, su Madre. Los *Avisos*, con pretexto de corregir la indiscrecion, solo se encaminaban á destruir la devocion á Maria. Así lo juzgó la Inquisicion de España en la censura que hizo de este folleto temerario á 27 de noviembre de 1674. La universidad de Maguncia le habia condenado el mes anterior, como favorable al jansenismo, y por una consecuencia necesaria al luteranismo y calvinismo. La Inquisicion de

Roma, despues de notarle desde luego como libro sospechoso, le proscribió absolutamente á 22 de junio del año siguiente. Al contrario, los novadores, los secuaces de Calvino y los de Jansenio le llenaron de elogios y le tradujeron en muchas lenguas. El P. Quesnel en particular, añadiendo á la apología de la obra la mofa y las injurias contra sus censores, no atinaba á esplicar cómo un frailuco, llamado inquisidor (esta era la sal de sus ironías), ó una congregacion de frailes presidida por un sacerdote ó un clérigo vestido de encarnado, tuviese el atrevimiento de disfamar un libro aprobado por obispos piadosos y estimado de los fieles mas dignos.

El partido, prevaleciendo de la paz que pretendia haber conseguido de Clemente IX, tardó poco en manifestar con las obras que la suponía únicamente fundada en la distincion entre la doctrina de las cinco proposiciones y el hecho de Jansenio. El día 4 de mayo de 1676, Arnaldo, obispo de Angers, prohibió á la universidad de esta ciudad, pena de excomunion *ipso facto incurrenda*, exigir la confesion de fé prescrita por el formulario, sin distinguir el hecho del derecho. Sea cual fuere la opinion que de este prelado se tenia en su diócesis, solo pudo sorprender á muy pocos individuos de la universidad, cuya corporacion estaba muy alerta contra los novadores de todas clases. Al fin consiguió del cancelario, hombre mas inconsiderado que mal intencionado con respecto á la sana doctrina, que al hacer que prestasen los bachilleres el juramento de fé, no volviese á hablar de Jansenio. Luego que lo supo el rey, prohibió que se hiciese ninguna alteracion en el uso establecido. El Real decreto fué leído y registrado en junta general de la universidad; pero cuando se trató de ejecutar lo mismo en la facultad de teología en particular, se opuso á ello el síndico con el miserable pretexto de que no se le manifestaba mas que una copia de la orden del príncipe. S. M. reiteró sus órdenes, y se

hallaron otros efugios. Presentándose entonces el obispo en la palestra, espidió un edicto en que decia que la orden era subrepticia, y que el juramento se dirigia á turbar la paz de la Iglesia, renovando las disputas terminadas por la Santa Sede. No disimulaba que esta paz no podia subsistir sin la distincion del hecho y del derecho; y por último, haciendo uso de las sumarias de los cuatro obispos que hasta entonces se habian tenido sepultadas con tanto cuidado en de sus archivos, se atrevió á decir que se habian formado de acuerdo con el nuncio de Clemente IX, y que eran perfectamente conformes á las intenciones de este Pontífice. Como ya habia muerto éste, no temia quedar desmentido.

Juntóse la universidad, y protestó de nulidad contra el edicto, teniendo á su favor un decreto del Consejo de Estado, cuyos términos merecen atencion. Dice que el obispo de Angers se funda en su edicto en un principio falso y pernicioso, como si no hubiese ya obligacion ni aun fuese permitido suscribir el formulario sobre el hecho de las cinco proposiciones de Jansenio, del modo que lo dispusieron las juntas del clero, las bulas de los Papas, las órdenes del rey y los acuerdos de su Consejo; como si tuviese facultad un obispo, con pretexto del nombre de paz interpretado á su modo por un abuso manifiesto, para destruir en su diócesis el formulario y la suscripcion que previenen las constituciones apostólicas recibidas y publicadas en el reino, ó como si la prudente condescendencia que tuvo la Santa Sede, admitiendo ciertas suscripciones del formulario con algun género de esplicacion á favor de algunos particulares solamente, á fin de librarlos de sus escrúpulos y de las penas impuestas por las constituciones, fuese una revocacion de la bula que prescribe firmar con juramento dicho formulario, sin mencionar semejante interpretacion, y debiese ser para lo sucesivo una ley de necesidad y de mutacion, con respecto á la suscripcion de los eclesiásticos que se han

gloriado de someterse pura y sencillamente á la autoridad de la Santa Sede. Se advertia tambien que el edicto de que se trataba era tanto mas reprehensible, cuanto prohibia, pena de censura, firmar lo que habia prescrito el Gefe de la Iglesia: de donde se seguia que los que habian dado y daban diariamente una pronta obediencia á las constituciones apostólicas, en vez de los elogios que merece esta sumision, incurrian en las penas reservadas á la desobediencia.

Por mas religiosa que sea la sustancia de este decreto, se echa de ver en él que los seglares mejor intencionados, cuando se mezclan en ciertas particularidades sobre materias eclesiásticas, se esponen á muchos errores. Tales son aquí los supuestos miramientos de Clemente IX, respecto de los escrúpulos de los cuatro obispos, de donde podria absolutamente deducirse alguna consecuencia perjudicial á la fé. Pero nada se dice de esta clase de miramientos, ni en el breve definitivo de este Papa á los cuatro prelados, ni en los que dirigió al rey y á los prelados mediadores relativamente á la direccion y conclusion de este asunto. La condescendencia de Clemente IX con los cuatro obispos consistió únicamente en librarlos, no de unos escrúpulos nacidos de sus culpables preocupaciones, sino solamente de las penas que habian merecido por su larga y escandalosa resistencia.

Antes que llegase á Angers el decreto, procuraron los partidarios de Jansenio hacer que la facultad de teología declarase que la espresion del hecho, añadida al antiguo juramento, era una novedad introducida por el cancelario. Las circunstancias eran favorables para este designio, porque iba á celebrarse el sínodo, con cuyo motivo acudian á la ciudad los párrocos de los pueblos; y como entre ellos habia muchos doctores adictos al obispo, se esperaba tener la pluralidad de votos. Se juntaron y se averiguó que, en efecto, el cancelario al conferir los grados habia sido el primero que exigió el juramento con la adiccion del he-

cho de Jansenio; pero tomando inmediatamente la palabra algunos doctores respetables, sostuvieron que aquella adición, ya fuese antigua ó nueva, era muy prudente y aun necesaria. El cuerpo de la universidad se declaró abiertamente á favor de este partido, y en su consecuencia decretó algunos días después la facultad de teología que nadie fuese admitido á los grados, ni aun á sostener conclusiones, sin haber suscrito el formulario según la práctica de la Sorbona; y que los que hubiesen recibido los grados después de la pretendida paz de Clemente IX., deberían suscribir del mismo modo en el término de un mes si no lo habían hecho todavía. Confirmada esta resolución y notificada á las comunidades eclesiásticas, todas se conformaron con ella, á escepcion de una sola. El superior del Oratorio se había resistido al principio; pero el interés disipó después sus escrúpulos, porque la nación de Anjou no quiso admitirle á la regencia del colegio si no obedecía al decreto de la universidad. Los esfuerzos que hicieron después algunos doctores, venidos desde muy lejos, á fin de revocar la resolución, no produjeron otro efecto que el de hacer que fuesen degradados dos canónigos reglares y un sacerdote secular de los más amotinados, y que se diese orden á otros seis para que no volviesen á comparecer en las juntas. Estas disposiciones fueron confirmadas por un decreto del Consejo de Estado, con fecha de 11 de setiembre de 1676, lo que movió al obispo de Angers á publicar en el mes de diciembre siguiente un nuevo edicto, al cual puso la fecha de 4 de setiembre del mismo año. Prorogando el prelado la publicación de este edicto, había esperado sin duda que cedería la corte, y poniéndole fecha anticipada había querido hacer creer que esta esperanza no había influido nada en su conducta. A la retractación formal y completa que se veía obligado á hacer de su primer edicto el obispo de Angers, y que verdaderamente hacia en el segundo, se la daba el título de

de aclaración. En ella aseguraba que se había entendido mal su primer pensamiento, y que jamás se había propuesto prohibir la suscripción pura y sencilla del formulario á los que creyesen que podían darla en conciencia. Sin embargo, la conducta que había observado constantemente, y las expresiones muy generales y prohibitivas de su primer edicto, desmentían muy á las claras esta explicación. Como quiera que sea, la facultad de teología exigió la suscripción, no solo de aquellos que buenamente se conformaban con ella, sino también de cuantos quisiesen entrar y permanecer en dicha facultad. El síndico intentó, aunque en vano, persuadir á los doctores, al volver de un viaje que había hecho á Paris, que el arzobispo de esta capital y el cardenal ministro le habían encargado dijese á sus compañeros que la obligación de firmar pura y sencillamente era solo para lo sucesivo, sin tocar á las suscripciones ya hechas á consecuencia de los edictos de los obispos, de cualquier manera que se hubiesen hecho. La universidad se mantuvo firme en su primera resolución, y poco después, en virtud de una orden del rey, se borró de los registros la relación del síndico. Todos los estudiantes de teología suscribieron según lo mandado, á escepcion de diez y seis, trece de los cuales pertenecían á una comunidad formada ocultamente en la ciudad á la sombra de las innovaciones y disturbios. Para españar y eternizar sus errores, suelen los novadores modernos formar estas asociaciones, no solo de las personas dedicadas á las ciencias, sino también de gentes de todas profesiones y oficios, en quienes la obstinación suele ser igual á la ignorancia. La corte dió orden al comandante de la provincia de Anjou para que disipase la comunidad furtiva de los escolares de Angers con otra que se había establecido del mismo modo en la Flecha. Así se restituyó la paz á la universidad de esta provincia, la cual tuvo la gloria de hacer alarde de su fe en los tiempos más difíciles, y se distinguió en lo

sucesivo por su adhesión á la sana doctrina y al centro de la unidad.

Pero en vez de continuar citando ejemplos de las intrigas á que apelaron los jansenistas á pretexto de su simulado acuerdo con el romano Pontífice, presentaremos al lector objetos de mayor consuelo y edificación. A mediados del siglo XVII, algunos misioneros españoles formaron el designio, no solo de hacer expediciones evangelicas, sino también de ir á establecer su morada en el seno de la barbarie más agreste y sanguinaria, en el corazón del continente inmenso de la América meridional. Hasta entonces solo se había tratado de formar algunos establecimientos en las costas marítimas, especialmente en las del Perú, sin atreverse nadie á pasar las montañas espantosas, que por la parte de Levante elevan sus cimas heladas hasta la media región del aire, desde donde no descubren los cerros más que selvas cuyo fin no se alcanza á ver, pantanos intransitables, lagos y rios como mares. La idea que se tenia de aquellos vagos espacios, era que estaban poblados de tigres, de leones, de hienas, de serpientes enormes y de salvajes más feroces que todos estos mónstruos; pero la experiencia había enseñado á los operarios evangelicos, que el único medio de hacer frutos sólidos y duraderos entre los americanos era penetrar en las tierras más distantes de las ciudades y habitaciones europeas. Por eso los misioneros, arrostrando todo género de trabajos y peligros, pasaron en el año 1658 á los países remotos por donde corre el Marañon, llamado por otro nombre el rio de las Amazonas; y llegaron hasta el parage en que se edificó después la ciudad de Borja, esto es, á trescientas leguas de Quito, de donde habían salido. Desde allí se esparcieron por las riberas del Pastaca, del Gualagaa y del Ucalaya, para buscar á los salvajes dispersos en las selvas que hay cerca de estos rios. En fin, penetraron á la derecha del Marañon y más allá de las rutas del Sol, en las

tierras de bendición fertilizadas por el Paraguai, el Parana y el Uruguay, con otros muchos rios que forman el de la Plata, comparable con el de las Amazonas. Por todas partes tuvieron que andar con cuidado para que no se supiese de donde iban, pues inmediatamente los hubiesen quitado la vida si hubieran sabido que eran españoles (1).

Y después de estas escursiones arriesgadas, como habían de tratar con aquellos hombres feroces, dispersos á manera de las bestias silvestres, sepultados en los bosques, ocultos en las cavernas, errantes, desconfiados, continuamente armados contra los desconocidos, y unos contra otros regalándose con la carne de sus enemigos, y algunas veces con la de sus parientes? Los más graves autores de los anales del mundo hablan con admiración de algunos antiguos sabios que se supone acertaron á reunir en sociedad á unos bárbaros semejantes á los brutos, y les enseñaron á buscar lo honesto y lo útil. Esta empresa, acompañada de algun buen éxito, les pareció tan maravillosa como el arte de amansar los tigres y blandar las piedras, con el cual le compararon los poetas. Ficciones realizadas en cierto modo por los fundadores de las cristiandades americanas, y especialmente de las del Paraguai, pues de unos brutos, por decirlo así, con figura humana, que era necesario convertir en hombres antes de hacerlos cristianos, no solo formaron sociedades mejor arregladas que nuestras ciudades más florecientes, sino también iglesias comparables con la Iglesia primitiva y pueblos enteros de santos.

Reparadores magnánimos de la humanidad embrutecida, muchos de ellos fueron sin duda víctimas de su generosidad. Los PP. Francisco de Figueroa y Pedro Suarez fueron los primeros que sellaron con su sangre las máximas celestiales que predicaban. Los PP. Hurtado, Durango, Richler y el licenciado don José Vaz-

(1) Cart. edif., t. 8, p. 289 etc.

quez, asociado á las misiones de la Compañía de Jesus, consiguieron la misma corona, despues de haber cogido los frutos mas abundantes de salvacion. El P. Richler en particular, hombre enteramente apostólico, que habia renunciado todas las cosas del mundo; que se burlaba de los trabajos y fatigas, cuya sola relacion estremece; que añadia á todo esto las maceraciones mas terribles; que hacia la mayor parte de sus viages con los pies descalzos, andando por arenas abrasadas, ó por piedras puntiagudas, sin tener muchas veces para cubrirse mas que los andrajos de sus rasgados vestidos, ú hojas ó cortezas de palma, y para alimentarse, ó para no morir de hambre, mas que yerbas ó raices silvestres; con una vida tan santa hizo que bajasen de tal modo las bendiciones del cielo sobre aquellas tierras ingratas, que logró que siete poblaciones numerosas abrazasen la fé de Jesucristo, cuyo nombre honraron con la pureza de sus costumbres y con su firmeza inalterable en la fé.

Lejos de amedrentar á sus compañeros la suerte de estos primeros mártires, les inspiraba los mas vivos deseos de imitarlos, y contribuyó á aumentar su número. Entretanto los oficiales del rey de España, animados siempre del espíritu militar y conquistador, viendo que las misiones remotas iban tomando un aspecto favorable, creyeron que importaba al gobierno protegerlas, y ofrecieron á los misioneros abrirlas en adelante el camino con las armas; pero aquellos dignos ministros del Evangelio nunca quisieron aceptar semejante oferta. Fieles á las lecciones del buen Pastor, y semejantes á las ovejas espuestas sin defensa al furor de los lobos, continuaron metiéndose tierra adentro, con el breviario debajo del brazo, y en la mano un báculo que remataba en un crucifijo. Cada uno de ellos solia ir acompañado de veinte neófitos fervorosos que, al mismo tiempo que les servian de intérpretes, hacian tambien las funciones de catequistas, y algunas veces de predicadores. Frecuentemente era necesario

andar treinta ó cuarenta leguas por unos estrechos en que no se habia estampado jamás huella humana, atravesando selvas y malezas, donde era preciso estar continuamente con el hacha en la mano para abrirse paso con un trabajo excesivo y una lentitud molestísima, sin otra guia que los astros ó la brújula, como si se hallasen en medio del mar; y á pesar de toda la circunspeccion posible, se perdian nuestros viajeros, ya andando por tierras movedizas y cenagosas, en que á cada paso se esponian al peligro de quedar sepultados, y ya viéndose entre rocas escarpadas que no les permitian ninguna salida. Se hallaban en la cima de un monte, ateridos de frio y calados con la lluvia, sosteniéndose con mucha dificultad en una pendiente resbaladiza, y viendo á sus pies unos abismos cubiertos en parte con cañas, por entre las cuales corrian torrentes que hacian un ruido espantoso; y en aquellas selvas antiguas, en que todavía era desconocida la segur, estaban espuestos á cada momento á perder la vida con el peso de los viejos árboles que caian en tierra á cualquier movimiento que se hiciese cerca de ellos, y aun mas á ser despedazados por los tigres, mordidos por una infinidad de reptiles venenosos, ó devorados por enormes serpientes, cuyo aliento envenenado y el terror que causa su aspecto horrible, quita hasta la facultad de huir. Algunas veces los salvajes, á la primera sospecha que tenian de los españoles, iban á sus poblaciones, incendiaban por todas partes las selvas en que creian que habian penetrado, y principalmente en los pasos mas fáciles, de suerte que fuese mayor el incendio por donde habia de buscarse la salida (1).

En medio de estos trabajos y fatigas excesivas la cama que tenia comunmente la caravana apostólica era la dura tierra ó unas esteras, y era muy dichoso el que podia lograr una

(1) *Relac. de las Mision. del Parag. por Murat.* c. 12.

hamaca para dormir algun rato sin temor de las serpientes y de los tigres. Muchas veces se reducía todo su alimento á un puñado de maiz, y en los viages muy largos solian faltarles enteramente las provisiones. Entonces no habia mas arbitrio que comer raices ó frutas silvestres, y chupar el rocío de las hojas para templar el ardor de la sed que un aire sofocante renovaba sin cesar. Si viajaban embarcados se variaba el peligro, pero no se disminuía. Sus navíos, á lo menos en los principios, se reducían á unas miserables canoas hechas de cuero ó de corteza, ó de un tronco hueco. Sin embargo, habia que atravesar torrentes impetuosos y navegar por rios, cuyas aguas arrancaban continuamente árboles corpulentos, ó por lagos llenos de cocodrilos, tal vez mayores que las mismas canoas, y tan voraces que solian arrojar contra los remeros. Pero el que prometió á los primeros Apóstoles que no les dañarian los monstruos y los peces, no abandonó á los nuevos apóstoles, y algunas veces los libertó del modo mas prodigioso.

La crueldad de los bárbaros, los cuales eran casi todos antropófagos en aquellos paises, era lo que menos cuidado les daba. Aunque estaban siempre armados y prontos á disparar sus flechas, á pesar de cuantas señales de paz y de amistad podian hacerseles, los ministros evangélicos, lejos de evitar su encuentro, se creian ampliamente recompensados de sus trabajos cuando lograban incorporarse con ellos. Aun mucho tiempo despues de las primeras escursiones, el P. Ignacio Chomé, uno de estos misioneros intrépidos, despues de haber empleado tres dias con sus neófitos en atravesar una selva de ocho leguas que separaba dos montañas, y otro dia en subir á la cima de la segunda, oyó ladrar unos perros, que son los compañeros inseparables de los salvajes. Envió tres neófitos para que reconociesen la poblacion creyendo que no estaba lejos, y no tardó en pasar adelante por la impaciencia que tenia de adquirir noticias

de ella. Bajaba lo mejor que podia por entre rocas y precipicios, cuando encontró á dos de sus mensajeros que volvian llenos de espanto y consternacion, y le refirieron que á la falda de la montaña habia una porcion de infieles, que habiendo advertido el parage en que habia pasado la noche anterior, le estaban esperando á la salida del bosque y se mostraban muy irritados; que habian cogido al otro mensajero y que acaso le habrian quitado ya la vida. Concluyeron suplicando al Padre que no pasase adelante, porque de lo contrario estaba muy espuesto á morir.

Cuando estaban ellos haciendo los mayores esfuerzos para detenerle, se escapó de entre sus manos, y precipitándose por el monte, se halló en medio de los infieles, que estaban ocultos en la espesura del bosque. Eran doce; estaban enteramente desnudos, armados de lanzas, y tenian en medio al tercer neófito. El varon apostólico va corriendo hácia ellos, y los abraza á todos con una alegría y ternura extraordinarias. Su franqueza y seguridad les causó una sorpresa que suspendió todos los demas sentimientos. Luego que se recobraron algun tanto de su primer asombro les dió parte del designio con que habia ido á su poblacion, y que tenia por objeto enseñarlos á vivir felices en este mundo y en el otro. No mostraron repugnancia en recibirle, y entre tanto llegaron los compañeros del misionero con su corto bagage, algo tranquilizados. Sacó carne salada y harina de maiz, lo distribuyó entre los bárbaros, encendió lumbre, los obsequió lo mejor que pudo, y al fin logró que le mirasen como amigo. Pero para ir á la poblacion se necesitaba el consentimiento de su cacique, el cual no se hallaba presente.

Le enviaron un neófito y un infiel. No tardó en acudir; pero en lugar de lo que se esperaba parecia que estaba ya todo perdido. Furioso al saber la acogida que su gente habia dado á los cristianos fué, sin decir palabra á nadie, á agacharse en una piedra que habia